

CAPÍTULO VI.

Muerte de Federico-Augusto II. — Declaración de la dieta sobre las condiciones de la elección. — El rey Luis XV sostiene á Estanislao. — La czarina y el imperio presentan al príncipe Augusto, hijo del difunto rey. — Marcha de Estanislao. — Su disfraz, su viaje. — Estanislao es elegido. — Un ejército ruso marcha sobre Varsovia. — Estanislao se retira á Dantzick. — Sitio de Dantzick. — Interés de la Francia en tener en el norte un contrapeso al imperio de Rusia. — Expedición de Mr. de Plelo. — Huida del rey Estanislao. — Guerra contra el imperio. — Plan de campaña de los ejércitos franceses. — Berwick y Villars. — El conde de Belle-Isle. — El duque de Noailles. — El caballero de Asfeld. — El conde de Sajonia. — El rey Carlos-Mannel. — El duque de Broglio. — El duque de Coigny. — El príncipe Eugenio. — El conde de Mercy. — Muerte del duque de Berwick. — Toma de Philipsburgo. — Batalla de Parma. — Promoción. — Los calzones de Mr. de Broglio. — Batalla de Guastala. — Toma de Nápoles y conquista de la Sicilia por don Carlos. — Situación de los ejércitos franceses á fines del año de 1755. — Juego de la Europa. — La paz de Viena. — Manejo de Europa. — Casamiento del duque de Richelieu. — Nacimiento del duque de Fronzac. — Alzira. — El hijo pródigo. — Los legados. — Las falsas confidencias.

Después de este largo período de paz, ó de guerra sin importancia, se efectuaba un acontecimiento, que iba á poner en cuestión el equilibrio de la Europa.

El 1º. de febrero murió en Varsovia el rey de Polonia Federico Augusto, de edad de 62 años. Su hijo, el príncipe real y electoral de Sajonia, heredaba de derecho su electorado, pero no podía heredar el trono de Polonia que era electivo.

Este príncipe, Federico Augusto II, era el mismo que había destronado á Estanislao, suegro de Luis XV.

El 5 de mayo se reunió la dieta; y el resultado de su deliberación fué:

Que únicamente los nobles poloneses tendrían derecho de elegibilidad.

Que para gozar de este derecho, no tan solamente era necesario ser noble polonés, sino también hijo de padres católicos.

Que nadie más que el primado podía proclamar al rey, so pena de ser declarado enemigo de la patria.

Finalmente, quedaba fijada la elección para el 25 del mes de agosto.

Desde el 17 de marzo había declarado Luis XV á todos los embajadores extranjeros acreditados cerca de la corte de Francia, que no permitiría que ninguna potencia se opusiese á la libre elección.

Dió lugar á esta declaración la petición que hicieron el primado y cierto número de nobles cerca del rey Estanislao.

El objeto de este paso era ofrecerle la corona al padre de la reina de Francia.

Mas al escuchar Estanislao la proposición, dijo meneando la cabeza:

— Yo conozco á los poloneses; ellos me nombrarán, pero no me sostendrán.

— Que os nombren, le envió á decir Luis XV, que yo os sostendré.

Mediante esta promesa de su yerno, acogió Estanis-

lao la oferta que se le hacía, y declaró que se pondría en las filas.

Su competidor natural era el príncipe real y electoral de Sajonia, hijo del difunto rey.

Era natural que la Rusia y el Austria, viendo que la Francia se había declarado en favor de Estanislao, se decidiesen á favor del príncipe Augusto.

La Rusia envió una escuadra para cruzar en el Báltico.

El Austria dió sus órdenes para impedir que Estanislao atravesase por sus estados.

El 20 de agosto, esto es, cinco días antes del prefijado para la elección, el caballero de Thiange, que se parecía al rey Estanislao, aumentó todavía más la semejanza, peinándose como él y poniéndose los vestidos que el rey usaba ordinariamente.

Esta mudanza de nombre y de traje se efectuó en Berny, cerca de Paris, á donde Estanislao se había trasladado cuando salió de Versalles.

El verdadero y el fingido rey se separaron en Berny en opuestas direcciones.

Thiange, tratado de majestad, tomó el camino de Bretaña, y llegó á Brest, donde se embarcó públicamente el 26 á las diez de la noche, saludado por toda la artillería del fuerte.

En cuanto al rey Estanislao, debía llegar á Varsovia por tierra, únicamente acompañado por el caballero de Andelot.

En consecuencia, el rey se puso una peluquita negra y se vistió un traje gris muy sencillo; en cuanto al caballero Andelot, se vistió con algún más lujo porque debía hacer el papel de amo, mientras que el rey representaba pura y únicamente el de hombre de confianza.

Ambos subieron en un coche en mal estado y sucio, y con caballos de posta, tomaron el camino de Metz. Pero por pobre y desvencijada que fuera la silla, no por eso dejaba de ser un carruaje francés, el cual en Alemania, podía inspirar sospéchas en la primera ciudad del imperio. En consecuencia, el caballero de Andelot conoció que el coche en que había llegado podría con dificultad pasar más adelante. Dijo á su huésped que se informase si no había en el pueblo alguna silla alemana que estuviese de venta. El huésped se ocupó del encargo, descubrió una y se presentó para anunciarle el hallazgo al caballero que, demasiado cansado, segun él decía, para salir él mismo, envió á su compañero para que examinase la silla, encargándole cerrase el trato si creía que el vehiculo podía convenirles.

El rey compró la silla y la pagó, poniéndose acto continuo en camino.

Hasta las puertas de Berlin todo fué perfectamente, pero en las puertas de la capital de Prusia sufrieron un largo interrogatorio de que el mercader y su hombre de confianza salieron con honor.

En Francfort sobre el Oder, se encontraron con el sobrino del marqués de Monti, embajador de Francia, subieron en su coche, donde para engañar á los espías, tomó el rey el cuarto asiento.

En fin, el 8 de septiembre entró el rey en Varsovia.

La elección que debía efectuarse el 25 de agosto, fué aplazada para el 11 de septiembre.

Estanislao llegaba, pues, á tiempo para hacerse ver del pueblo y luchar en persona.

El 10 montó á caballo, recorrió á Varsovia en todos sentidos en medio de las aclamaciones de todo el mundo.

El 11 se recogieron los votos, que fueron todos á favor de Estanislao.

El príncipe Wiesznowski, canceller de Lituania, fué el único que protestó contra esta unanimidad retirándose de la asamblea, y arrastrando consigo algunos descontentos.

En el mismo día habría podido el primado proclamar á Estanislao rey, pero él había esperado atraer al canceller de Lituania que se sostuvo en su retiro, lo cual fué causa de que no se proclamase á Estanislao hasta dos días después.

Pero sucedió lo mismo que había previsto Estanislao.

Un ejército ruso marchaba sobre Varsovia para anular la elección. Los cien mil poloneses que se habían reunido para hacer á Estanislao rey, se habían retirado á sus respectivas provincias. El ejército polonés era débil y estaba mal organizado. El socorro prometido por Luis XV no llegaba. Los partidarios de Estanislao no dejaban de excitarle á que se mantuviese firme; diciéndole que sólo era necesaria una cosa para triunfar, esto es, ganar tiempo. Se pensó en las diversas plazas fuertes que podían ofrecer un asilo al rey; y se escogió la ciudad de Dantzick, ciudad libre que se gobernaba por sí misma, bajo la protección del rey de Polonia.

En su virtud, el rey Estanislao hizo el 2 de octubre su entrada en Dantzick, acompañado del primado, del embajador de Francia y del conde de Poniatowski, á quien seguían algunos señores poloneses.

Durante este tiempo entraban los rusos en Polonia, y en el mismo arrabal de Praga á consecuencia de la declaración del general de Lacy, comandante de las tropas rusas, y reclamando en nombre de la czarina

la elección del príncipe Augusto, fué éste elegido rey.

No sorprendió esta elección á Estanislao.

— Bien lo había yo predicho, dijo él alzándose de hombros, bien pronto experimentará él la fidelidad de los que le han nombrado.

Y propuso á los habitantes de Dantzick que saldría de la ciudad y les levantaría su palabra; pero se opusieron á la salida del rey.

El ejército ruso marchó, pues, sobre Dantzick, y el 20 de febrero de 1734 empezó el sitio.

Una gran cuestión europea se debatía por separado de la cuestión principal.

El rey Estanislao representaba la nacionalidad polonesa.

El príncipe Augusto representaba la influencia rusa y alemana.

El nombramiento del príncipe Augusto, era el futuro desmembramiento de la Polonia.

La Francia no había tomado sin reflexión el partido del rey Estanislao.

Necesitaba, por razón de sus intereses comunes con la España, arruinar el poder de Austria en Italia.

Tenia necesidad de oponer un dique al imperio ruso que amenazaba desde entonces extenderse por la Europa.

Este dique eran la Suecia, la Polonia y la Prusia.

La Suecia y la Prusia prometieron que se mantenían neutrales.

Estanislao, rey de Polonia, continuaba la política de Carlos IX y de Luis XIV. De Carlos IX, sosteniendo la elección de Enrique III; de Luis XIV, sosteniendo la del príncipe de Conti.

He aquí las consideraciones que arrastraron á la Francia en esta guerra bien emprendida y mal soste-

nida. Mal sostenida sobre todo, por el que tenía el principal interés en sostenerla, esto es, por Estanislao.

Poniéndose á la cabeza del ejército, no obstante lo desorganizado que estaba, llamando á los poloneses á las armas en nombre de la nacionalidad polonesa, podía el rey Estanislao reunir cincuenta mil hombres.

Con estos cincuenta mil hombres, podía hacer frente á los rusos, guardar su capital, esperar el socorro de la Francia, y si sucumbía, sucumbir á lo menos peleando.

Pero Estanislao tenía más de cincuenta años, y jamás había sido un hombre enérgico. Cubrió su debilidad con el manto de la filantropía, y declaró: que él no quería ni asegurarse una corona á costa de la vida de sus vasallos, ni ponerse en el caso de haber marcado su advenimiento al trono por la efusión de sangre.

Esto fué responder como clérigo y no como soldado.

Estanislao se había retirado, según queda dicho, á Dantzick para esperar allí los socorros de la Francia.

El conde de Munich fué á reunirse con Mr. de Lacy con un refuerzo de diez mil hombres, y tomó el mando del sitio.

La plaza fué completamente cercada, y empezó el bombardeo. Muy en breve se hizo sentir el hambre.

Pero la Francia había prometido un socorro, y la Francia aun no había contraído la costumbre de faltar á su palabra. Los sitiados esperaron con confianza este socorro.

Finalmente, el pabellón blanco apareció en el horizonte; pero todas las baterías de la costa estaban en poder de los rusos. Mr. de La Motte, que mandaba la escuadra, no se atrevió á exponerse á una destrucción casi cierta. La dificultad que se presentaba estaba por otra parte prevista; en este caso debía la escuadra

detenerse en Copenhague y entenderse sobre lo que había que hacer con Mr. de Plelo, embajador de Francia en Dinamarca.

Luis Roberto Hipólito de Brehán, conde de Plelo, era de aquella bella y noble raza bretona que no regatea jamás con el honor. Era un joven de treinta y cuatro años, poeta, sabio y diplomático al mismo tiempo, que había hecho imprimir algunas investigaciones astronómicas en la *Colección de la Academia Real de Ciencias*, y unas poesías ligeras en la *Cartera de un hombre de gusto*.

Se hizo comunicar por Mr. de La Motte, comandante de la escuadra, las instrucciones que había recibido de los señores Fleury y Maurepas. Por ellas vió que si había medio de conservar á Dantzick, era necesario hacer cuanto fuese posible por introducir un primer socorro á que muy pronto se seguiría otro; que si Dantzick era tomado, no había más que hacer que una cosa, esto es: salvar al rey Estanislao.

Dantzick no había sido tomado, luego era necesario introducir el socorro enviado. Este socorro se componía de mil y quinientos hombres. Con ellos se trataba de atacar á cuarenta mil y pasar.

Si se lee con atención la historia de nuestras guerras, se verá que lo imposible es lo que con más facilidad germina en una cabeza francesa.

Al aspecto de la situación Mr. de La Motte se paró; pero Mr. de Plelo tomó todo bajo su responsabilidad, declarando que él se encargaba, en persona, de conducir las tropas francesas y dirigir el desembarco.

Mr. de La Motte descargó toda su responsabilidad sobre el embajador y mandó que la escuadra se dirigiese sobre Dantzick.

La escuadra pasó al través de un fuego cruzado y

llegó á la rada de Dantzick. Mr. de Plelo desembarcó, atacó al ejército ruso y cayó cubierto de heridas.

Bien había previsto él este desenlace, pero creyó, en nombre del honor francés, que debía intentar lo que no se podía cumplir.

Habiendo muerto Mr. de Plelo, se hizo la retirada con buen orden, y regresó la escuadra á Copenhague.

La Francia tuvo en éste, como en todos sus reveses militares, el aspecto brillante que inmortaliza una derrota haciéndola igual á una victoria.

En el momento en que la escuadra entraba en el puerto de Copenhague, llegaba el segundo socorro de tropas, gracias al cual se podían reunir dos mil hombres de los regimientos de Flandes y de Artois.

No se trató de ocultar la situación de Dantzick á los oficiales reunidos en consejo de guerra, á fin de que ellos mismos decidiesen sobre su propia suerte.

Todos unánimemente declararon que dondequiera que hubiese dos mil franceses, no podían retroceder delante del enemigo cualquiera que fuese su número; que si la escuadra no podía pasar, se apoderarían de los fuertes á fusilazos.

Había por otra parte que cumplir con una misión sagrada, cual era la de salvar la cabeza del rey Estanislao.

La escuadra francesa volvió á presentarse en la embocadura del Vistula; pero esta vez, parece increíble, pasó por entre los fuegos cruzados de las baterías en medio de las aclamaciones de la ciudad, y entró á toda vela en el puerto de Dantzick.

No se trataba solamente de mantenerse contra los rusos, sino de poner en salvo al rey Estanislao, por cuya cabeza se había ofrecido un premio.

El rey había resuelto permanecer en Dantzick y

correr la suerte de sus defensores, cuando repentinamente se supo que el fuerte de Wesheelmund acababa de capitular. Esta capitulación obligó á la ciudad á que pensase en la suya, y el rey fué el primero en alzar á los vecinos de Dantzick la palabra que le habían dado de sepultarse debajo de sus murallas.

En cuanto al rey no se trataba ya más que de ver cómo saldría de la ciudad, cercada por todos lados por el ejército moscovita, y completamente inundada hasta tres leguas al rededor.

Cada cual formó un plan de retirada para el rey; madama la condesa Czapska, palatina de Pomerania, que hablaba el alemán como su lengua materna, fiándose de un hombre que ella había experimentado y que conocía perfectamente el país, le ofreció correr los peligros de su viaje, de disfrazarse de aldeana y hacerle pasar por su marido.

También se había propuesto otro expediente, que era el de ponerse al frente de cien hombres determinados y abrirse paso por entre los enemigos. No consistía la dificultad en hallar los cien hombres, pues que se habrían presentado mil; pero no había medios de intentar semejante acción en un país inundado y con líneas de circunvalación que cerraban todos los pasos. Este proyecto como el anterior fué abandonado.

El marqués de Monti, embajador de Francia, propuso un tercer medio que pareció más realizable: este era el de abandonar á Dantzick con dos ó tres hombres seguros y disfrazados de aldeanos.

Con el fin de adoptar este medio, se dirigió Estanislao á casa del embajador, el domingo 27 de junio, bajo pretexto de pasar una noche tranquila retirándose de las bombas que empezaban á llegar al barrio

en que él habitaba; mas habiendo llegado allí, ocurrió uno de aquellos pequeños accidentes, que se suspenden casi siempre por encima de los grandes proyectos y que amenazan destruirlos y estuvo á pique de inutilizar el del rey de Polonia.

El marqués de Monti se había proporcionado un traje de aldeano cual convenia á la situación: chaquetón raído, camisa de lienzo basto, un gorro de los más sencillos, bastón de espino basto y pulimentado, con su cordón de correa, pero quedaban las botas.

Darle al rey botas nuevas era denunciarle al primer ojo escrutador que lo mirase. El embajador había examinado con atención todos los pies que pasaban por delante de él hacia dos días, con el fin de hacer una elección acertada entre la bota nueva, que podía descubrir al rey, y la bota nueva, que podía dejarle en la dificultad, y había creído que un oficial de los de la guarnición tenía un par de botas como convenia á la situación.

Tan sólo ocurría la dificultad de ver qué pretexto se daría por el embajador para que el oficial le cediese aquel par de botas.

Era esta una negociación ante la cual retrocedió la diplomacia del marqués de Monti á pesar de su habilidad; él prefirió corromper al criado del oficial, el cual robó las botas á su amo y las llevó al embajador.

Por extraño que fuese el capricho de un embajador por un par de botas viejas, el robo por lo menos respondía del secreto.

Pero si Mr. de Monti había calculado bien del grado de uso de las botas, había medido mal el pie del oficial, que lo tenía pequeño, siendo así que el rey lo tenía grande; de manera que cuando Estanislao

se quiso calzar las botas del oficial no pudo meter el pie.

Mr. de Monti hizo entonces que le llevasen todas las botas viejas que hubiese en su casa, entre las cuales se encontró un par que eran de su ayuda de cámara que hizo avío.

Así es que él fué á buscar bien lejos lo que tenía tan á la mano; se vió en la necesidad de concertar un robo cuando no tenía más que usar de lo suyo propio.

Estando ya el rey completamente disfrazado, teniendo doscientos ducados en oro sobre sí, salió de casa del embajador, y en la esquina de la calle halló al general Steinflicht que le estaba esperando, también disfrazado como él: en seguida se dirigieron ambos á unirse con el mayor de la plaza, que era sueco de nación, y que se había empeñado en proteger la retirada del rey, á cuyo fin debía estar en cierto punto de la muralla, en donde se hallaba efectivamente esperando.

Al pie de la muralla había dos lanchas amarradas, en las que había tres hombres que conocían, según ellos aseguraban, las inmediaciones, y que se habían obligado á llevar al fugitivo hasta Marienwerder, que pertenecía al rey de Prusia.

En lugar de tres hombres había cuatro; mas como el momento no era propio para entrar en explicaciones, aceptó el rey aquel aumento de escolta.

Á diez pasos del foso había un puesto que guarnecían un sargento y unos cuantos hombres. Sin duda tenía este sargento una consigna severa, porque Estanislao le vió por dos ó tres veces apuntar al mayor que quería pasar y hacer pasar á los fugitivos sin entrar en explicaciones. Impacientado el mayor por

su parte, puso la mano sobre el guardamonte de una pistola que llevaba oculta debajo del sobretodo; pero reflexionó en el ruido que haría el arma, y en el tumulto que se seguiría á la muerte del sargento, y prefirió contárselo todo. Entonces exigió éste que el rey fuese á hablarle y se diese á conocer. El rey convino en ello, el sargento se inclinó y mandó á sus soldados que dejasen pasar á Estanislao y á su comitiva.

El mayor no tenía necesidad de pasar más adelante. Estanislao le despidió, entró en la lancha con el general Steinflicht, y empezó á bogar, ó más bien á dar con los remos por encima del campo inundado, esperando ganar el Vistula y hallarse al amanecer al otro lado del río y por consiguiente fuera del alcance del enemigo.

Pero apenas habían andado un cuarto de legua, cuando los conductores del rey habiendo encontrado una cabaña en medio de la laguna, declararon que por aquel día habían hecho bastante camino, que era muy tarde para intentar pasar el río, y que era necesario decidirse á permanecer allí el resto de la noche y el día siguiente.

En vano les hizo el rey diferentes reflexiones; ellos habían tomado su resolución y no hubo más remedio que ceder. Salió de la lancha y entró en la cabaña.

Á consecuencia de este primer altercado que acababa de tener con su escolta, fué cuando Estanislao dirigió una mirada investigadora sobre los hombres que la componían.

El jefe era un hombre de treinta y cinco años, que manifestaba sobre sus compañeros un aire de autoridad que tomaba en todas las acciones para presentar los proyectos más extravagantes; era el tipo de

la ignorancia, de la necedad y de la obstinación, todo al mismo tiempo.

Los otros dos pertenecían á esa clase vagabunda, medio soldado, medio bohemio, llamada *sznapan*, y de quienes daremos una idea más exacta, recordando que de esta voz *sznapan*, nosotros hemos hecho la de *chenapán*; ellos conocían bastante bien el país, pero echando á un lado este instinto de los animales que consiste en hallar su camino por la vista, el oído y el olfato, en todo lo demás eran el tipo más completo de la brutalidad.

El cuarto, aquel que el rey no esperaba encontrar, no pertenecía en efecto á la distinguida compañía. Era un comerciante quebrado, que huyendo de los alguaciles, había tomado sus medidas para meterse en Prusia, ayudado de las medidas adoptadas en favor del rey.

Todo esto no tranquilizaba al fugitivo; así es, que con el corazón fuertemente oprimido, entró en la cabaña, y acostado sobre un banco, y la cabeza apoyada en el comerciante quebrado, que, en virtud de la igualdad en la desgracia, participaba del banco con él, esperó el día.

Cuando éste despuntó, salió el rey de la cabaña, estaba á media legua de Dantzick que continuaba bombardeado, y no perdió ninguno de los pormenores del bombardeo.

El rey pasó todo el día con la mayor impaciencia, deseando ver llegar la noche.

Felizmente, la cabaña en que se encontraba, era tan miserable y aislada, que nadie se presentó en ella.

Con la noche se pusieron en camino, pero éste se hacía más penoso á medida que iban adelantando; habían llegado al medio de un bosque de cañaverales

en que era necesario abrirse paso, no tan solamente separándoles, sino también estrujándolos debajo de la lancha, de lo que resultaba que esta especie de cuna, no solamente hacía en el silencio de la noche un ruido que podía notarse, sino que dejaba una huella que prestaba la mayor facilidad para perseguir á los fugitivos.

Era necesario además bajarse á menudo de la lancha clavada en el fango y sacarla de allí á fuerza de brazos para ponerla á flote en paraje donde había más agua.

Á eso de media noche, se llegaba á la calzada de un río que se creyó era el Vistula, é inmediatamente los conductores celebraron entre sí un consejo, á que no fueron admitidos el rey ni el general Steinflicht. El rey se aprovechó de este momento para suplicar al general que se encargase del oro que sobre sí llevaba, y cuyo movimiento le hería; pero el general le manifestó que por un accidente cualquiera podían separarse, y que entonces la pérdida de este dinero sería muy perjudicial al rey. Este insistió, más tan sólo pudo conseguir del general que se encargase de la mitad de la suma. Así, pues, tomó cien ducados y dejó al rey los otros ciento.

El resultado del consejo celebrado por la escolta del rey, fué que en vista de la duda en que estaban de la localidad, el jefe, Steinflicht y el comerciante quebrado subirían á pie la calzada, mientras que el rey y los dos sznapans costearían esta misma calzada por la laguna.

De esta manera, lo que había previsto Steinflicht no tardaba en realizarse, el rey y el general iban á verse separados, aunque á la verdad sólo era momentáneamente,

Los cálculos eran equivocados, pues que no se hallaban á orillas del Vistula, sino á las del Nering.

Entretanto, á los cien pasos se habían perdido de vista las dos divisiones; el rey á cada instante se informaba, y Steinflicht y sus compañeros respondían:

— No tengáis cuidado, aquí está.

Al llegar el día vieron que estaban perdidos ó pocos menos, y que era necesario, sin perder tiempo, buscar sitio en que pasar el día y esperar la noche.

Entonces, orientándose los dos hombres, recordaron que debía haber en aquellas inmediaciones una cabaña perteneciente á un aldeano conocido de ellos; llegaron á su casa y le preguntaron:

— ¿Tenéis moscovitas en vuestra casa?

— En este momento no los tengo, contestó el aldeano, pero si tenéis que hacer con ellos, todo el día están viniendo.

El rey había tomado su partido, más valía permanecer oculto en aquella cabaña que en las lagunas; los dos sznapans condujeron al rey á un reducido granero situado encima de la sala común, le presentaron un haz de paja que allí había casualmente, y le indujeron á que descansase mientras que uno de ellos estaría de centinela abajo, y el otro saldría á buscar al general, por quien el rey no dejaba de preguntar.

Había dos noches que el rey no había pegado los ojos, y trató de dormir; pero sus botas llenas de agua y fango, aquella separación, aquel designio marcado por sus conductores de separarse del camino que se había convenido seguir, los peligros que corría en aquella cabaña, adonde, según decían los aldeanos, iban los moscovitas veinte veces cada día; en fin, todas las ideas funestas que se presentan á la imagi-

nación de un hombre en semejante situación, ahuyentaron el sueño de sus ojos.

No pudiendo el rey dormir, se levantó y asomó la cabeza á la claraboya de su granero, y vió á un oficial ruso que se paseaba por la pradera á cien pasos de la cabaña; y á dos soldados rusos que hacían pastar á sus caballos.

Estos tres hombres apartados del campo le parecieron al rey otros tantos centinelas apostados allí para espiarle, entretanto sin duda que se había mandado á buscar un refuerzo, y esta idea se confirmó en la cabeza del pobre príncipe, cuando vió á una docena de cosacos, que corriendo á todo escape por medio de los campos, se dirigían en derechura á la cabaña; esta mutación en el país, hasta entonces bastante tranquilo, hizo que se apartase el rey de su ventana y se recostó sobre el haz de paja, esperando lo que pudiese ocurrir.

Al cabo de cinco minutos ocupaban los cosacos la pieza baja de la cabaña.

Un instante después, el rey oyó crujir la escalera de su granero, y esperaba que se presentase alguna cosa barbuda y amenazadora; mas al contrario, en la persona que venía á visitarle reconoció á su huésped, á quien enviaban los dos sznapans para advertirle que no bajase, en lo cual el rey estaba muy distante de pensar.

No corrían ciertamente los cosacos tras de él, únicamente iban allí para almorzar.

La mansión en la cabaña duró una hora, pero aunque el rey se desembarazó de los cosacos, no pudo desprenderse de su huésped, cuya curiosidad se había aumentado por el cuidado con que el viajero se ocultaba y por la comisión que acababa de desempe-

ñar cerca de él, y ella quería saber quién era el gran personaje que temía tanto á los cosacos, y que ella tenía el honor de albergar en sus casa.

Mucho trabajo le costó á Estanislao el salir de aquel aprieto, y tuvo que inventar una novela que su huésped creyó ó aparentó creer.

Al caer el día, fastidiado el rey de la reclusión en que estaba, bajó para informarse de sus conductores, quienes le contestaron que el general Steinlicht estaba solamente á un cuarto de legua de allí, y que se proponía reunirse con el rey durante la noche, en un punto del Vistula en que habían convenido, y donde estaría un barco dispuesto para pasarlos, pero dudaban que se pudiese conseguir en razón á la fuerza con que soplabá el viento, y ser el barco tan pequeño para atravesar un río tan grande.

No podía el rey desconfiar ya del honor de aquellos hombres, que habiendo pasado el día en medio de los rusos, habrían podido entregarle si tal intención hubieran tenido, pero temía su ignorancia. Habiendo oscurecido se puso en camino, tranquilo sobre el primer punto, pero muy inquieto acerca del segundo.

Á un cuarto de legua de la cabaña, en donde se había pasado el día, fué necesario dejar la lancha, porque hasta allí llegaba nada más la inundación. Entonces empezaron á caminar á pie por un terreno fangoso, en que á cada instante se clavaba uno de los tres viajeros hasta los muslos, y necesitaba el auxilio de sus dos compañeros para no meterse hasta el pescuezo.

En fin, al cabo de cuatro ó cinco horas, se conoció que se había llegado á la calzada del Vistula. Uno de los sznapans rogó entonces al rey que se quedase con

su camarada mientras que él iba á ver si el barco estaba en su sitio.

Un cuarto de hora después volvió diciendo que el barco no estaba ya allí, y que sin duda se lo habían llevado los moscovitas.

Fué necesario volver á entrar en la laguna y buscar un asilo en que pasar la noche; divisaron una casa y se encaminaron á ella.

Pero no bien hubieron pasado el umbral, cuando volviendo la cara el dueño de la casa, exclamó mostrando al rey:

— ¡ Oh Dios mío ! ¿ quién es este hombre ?

— ¡ Pardiéz ! dijo uno de los sznapans, este hombre es un compañero nuestro.

— Este hombre, dijo el aldeano, descubriéndose la cabeza, é inclinándose, ¿ es el rey Estanislao ?

No había que vacilar.

— Si, amigo mío, dijo el rey alargándole la mano; sí, el rey Estanislao fugitivo que se confía á vos, y que viene á pedir os un asilo en vuestra casa, y los medios de llegar á la otra orilla del Vistula.

Esta franca manifestación produjo el mejor resultado; envanecido el aldeano con esta confianza, no concibió más deseo que el de merecerla; prometió al rey que le haría pasar el Vistula, y en el mismo momento empezó á dar pasos para cumplir su promesa.

Mientras que el buen hombre estaba ocupado en buscar un barco y pasaje, divisó el rey al jefe de sus conductores, de quien estaba separado hacia treinta y seis horas, y que volvió corriendo hacia la casa.

Él lo recibió á la puerta, y sus primeras palabras fueron para preguntarle por el general Steinfliecht.

Entonces le refirió el jefe que la víspera, mientras que él esperaba con el general y mercader quebrado

al rey en el sitio acordado, ellos habían visto correr hacia ellos una partida de cosacos; entonces cada cual huyó por su lado, y cuando él volvió la cabeza, no vió ya ni al general ni al mercader, y que ignoraba cuál había sido su paradero.

Como todas las reconvenções que el rey hubiera podido hacerle eran absolutamente inútiles, adoptó el partido de callar.

Á eso de las cinco de la tarde vió volver á su huésped, quien le anunció que había encontrado un barco en casa de un pescador, donde estaban alojados los moscovitas; pero que su opinión era esperar muchos días antes de intentar el pasaje, á causa del gran número de cosacos que estaban esparcidos por aquellas inmediaciones, los unos para forrajear los caballos, y los otros para seguir las huellas al rey, cuya huida empezaba á susurrarse.

El rey celebró consejo con su gente y el aldeano, y se decidió que pasase en la casa en que se encontraba aquella noche y el día siguiente, que fueron ciertamente interminables.

El día siguiente á eso de las cinco empezaron las incertidumbres. El rey comprendió entonces que era necesario llamar á su socorro un poderoso auxiliar; mandó que subiesen una botella de aguardiente y convidó á los sznapans y al aldeano para que bebiesen á su salud.

Al fin de la botella ya había el contenido producido su efecto, y se hallaban dispuestos aquellos hombres á pasar por él, aunque hubiera sido hasta el infierno.

El rey se aprovechó de aquellas disposiciones que se aumentaron aun con la buena noticia de que los soldados rusos no estaban ya en casa del barquero, y que una lancha esperaba al viajero en la orilla del río.

El rey y su huésped montaron á caballo; el aldeano iba unos cincuenta pasos más adelante, y los otros tres hombres seguían á pie á retarguardia, atravesado continuamente profundos barrizales en que el caballo del rey se caía ó se metía hasta la barriga. Por todas partes se veían las fogatas de varios campos volantes sembrados por aquéllas llanuras; pero la claridad de aquellos fuegos, limitada á cierto círculo, tenía la doble ventaja de mostrar al rey los enemigos, y manifestarle la línea detinieblas que debía seguir para que no le descubriesen.

El huésped del rey que iba haciendo la descubierta, se detuvo de repente, y volvió atrás para decir al rey que temía que estuviese ocupado el punto que él creía libre, y que por lo tanto tuviese á bien esperar en aquel mismo sitio en que se hallaba.

Detúvose en efecto el rey: el aldeano marchó delante, y al cabo de un cuarto de hora volvió á decir que el paso estaba en efecto guardado, que él había perdido los caballos en el pasto y que los buscaba sin poderlos encontrar.

La consternación se apoderó de la pequeña cuadrilla, que decidió inmediatamente que era necesario volver atrás, á lo cual se opuso el rey con todas sus fuerzas, y viendo el aldeano cuánto repugnaba á su ilustre compañero retroceder, se ofreció á hacer una nueva tentativa para ver si hallaría otro paso; mas el jefe y los dos sznapans, en cuyas cabezas se habían disipado los vapores del aguardiente, no querían entender ni una palabra. El rey se vió obligado á dejarles en libertad de retirarse solos si les acomodaba. Entonces se echaron por tierra, gimiendo como unas mujeres, diciendo que se les hacía marchar á una muerte segura.

Mientras que pasaba esto volvió el aldeano con la noticia de haber descubierto un paso libre.

Volvióse el rey á poner en camino, y en efecto, al cabo de media hora llegó á la calzada sin haber tenido el menor tropiezo. Sobre esta calzada se vió, ó más bien se oyó, rodar un carro moscovita. El rey se echó á un lado con su gente, y el conductor del carro pasó sin ver á nadie.

Á cien pasos de allí dejaron los caballos para andar todavía un cuarto de legua á pie: hecho este cuarto de legua se ocultaron entre los arbustos, mientras que el aldeano salió nuevamente á hacer la descubierta.

Al cabo de un instante se oyó el ruido de los remos. Era el barquero que venia á buscar al rey á orillas del rio donde los fugitivos se embarcaron.

Estando ya cerca de la opuesta orilla, llamó aparte el rey á su huésped, y sacando de su bolsillo un puñado de aquellos ducados que tanto le incomodaban, y de que felizmente no quiso Steinflicht encargarse enteramente, lo puso en la mano del buen hombre, el cual meneando la cabeza, empezó por negarse á recibir la menor retribución, y acabó al fin, en vista de las reiteradas instancias del rey, por tomar respetuosamente dos ducados en la augusta mano que el rey le alargaba. Esto fué todo lo que se allanó á recibir.

Una vez puesto el rey al otro lado del Vistula, ya no necesitaba el rey de él. Así, después de haber dejado al rey en tierra, y después de haber besado respetuosamente la faldilla de su grosero sayo, volvió á pasar el rio con el barquero.

Á cien pasos del Vistula se veía una población grande, adonde el rey llegó al amanecer.

El jefe y los dos sznapans, creyendo que allí ya no

tenían nada que temer, se echaron en una cama de pluma, en que se enterraron, y de que no hubo forma de sacarlos.

Bien conoció entonces el rey que no podía contar más que consigo mismo para hallar un nuevo medio de transporte. Despertó á un aldeano, y tantos esfuerzos hizo que aquel hombre convino en que iría á buscar un carruaje cualquiera sin reparar en el precio.

Mas el rey cometi6 la falta de pagar adelantado al mensajero, de modo que cuando regres6, estaba borracho como un cuero.

Había, sin embargo, conservado, á pesar de su embriaguez, la suficiente inteligencia para desempeñar bien ó mal su comisi6n. Ello es que le acompañaba un hombre que convenía en alquilarle un carro cargado de géneros, pero con la condici6n de que se depositaría su importe.

El rey se comprometió á comprarlos. El ajuste se hizo en veinticinco ducados, y el rey se encontró poseedor de un surtido de lienzo de Sajonia.

Entretanto el ajuste hecho de priesa en medio de la calle, á la vista de cuantos pasaban, había reunido algunas personas. Tratábase, pues, de marcharse sin pérdida de momento, cuando uno de los sznapans viendo sin duda la facilidad con que el rey se desprendía de su dinero, sali6 de la casa en que acababa de descansar una ó dos horas y empezó á ponderar en alta voz los servicios que él y sus compañeros habían prestado al rey y á pedir su precio, que debía, según su opini6n, ser tanto más alto y tanto menos regateado por el rey cuanto más en riesgo habían puesto su libertad y su vida; en consecuencia él pre-

tendía que incontinenti se le pagase la recompensa de todo.

La situaci6n se iba haciendo algo espinosa, la muchedumbre, como sucede siempre, parecía dispuesta á ponerse de parte del reclamante: cuando con gran sorpresa del rey, sali6 el jefe de la casa, reprendió al hombre por su embriaguez, y volviéndose hacia la gente:

— No merece crédito ni una palabra de cuanto dice ese pillo, dijo él: cuando está borracho le da la embriaguez por tomar á sus compañeros por grandes señores y pedirles la recompensa de servicios que no ha prestado.

En seguida, agarrándole por un brazo, le hizo entrar en la casa en medio de la burla de las gentes.

No había que perder tiempo, el rey envi6 al embajador el sznapan que estaba en su juicio, y mand6 al que no lo estaba que subiese en el carruaje, se puso junto á él y encarg6 al jefe el cuidado del caballo y del carruaje.

Salieron del lugar sin preguntar por ningún camino, porque no se quería que en caso de ser perseguidos quedase rastro del camino que llevaba el rey. Este se orient6 por conjeturas, y como se trataba en el momento de pasar el Nogat, el rey trat6 de pasar la punta en que se separa del Vistula, dejando á la izquierda á Mariemburgo, donde había guarnici6n enemiga.

La pequeña caravana atraves6 muchos lugares habitados por sajones ó moscovitas, sin que los unos ni los otros se opusiesen á su paso; y á eso de las ocho de la noche llegaron á orillas de un río.

Cerca de este río había una taberna, y algunos pasos más allá una lancha vieja abierta por todas par-

tes; los que acompañaban al rey exclamaron entonces que estaban á orillas del Nogat, y que la Providencia misma les enviaba aquella barca para atravesarle.

Ya estaban botando la lancha al agua, cuando el rey preguntó á un aldeano qué río era aquel á cuya orilla estaba.

Este río era el Vistula; el Nogat estaba legua y media más allá.

Si el rey no se hubiera informado se habría vuelto á encontrar en la otra orilla de un río que tanto trabajo le había costado pasar.

Difícil era seguir más adelante en aquel país con el carruaje, porque los caballos estaban estropeados con la marcha forzada que habían hecho. El rey entró en la taberna, se dió por un cortador de Mariemburgo que deseaba pasar el Nogat para ir más adelante á comprar ganado y preguntó si sería posible proporcionarse un barco.

El huésped, meneando la cabeza, contestó que según tenía entendido los rusos se habían llevado todos los barcos, aun los más pequeños, á Mariemburgo, á causa de las partidas polonesas que recorrían los campos al otro lado.

Este era aun un obstáculo que se presentaba en el momento en que se tocaba la salvación.

El rey pasó la noche en una granja, noche de insomnio como todas las que habían trascurrido desde su salida de Dantzick; una sola noche había descansado, y fué la que pasó en casa del buen aldeano que le había conocido.

Al amanecer subió el rey á su carro y se puso en camino siguiendo la calzada, por unos caminos intran-sitables. Al cabo de dos horas de marcha encontraron un lugar. Apeóse el rey, entró en una casa, y se pre-

sentó, como el día antes, en el concepto de un tratante en carnes de Mariemburgo, que iba á comprar ganado de la parte de allá del Nogat.

— Venis á muy buen tiempo, le dijo la huésped, y os ahorraréis pasar el río. Yo tengo ganado de venta, y como soy de buenos tratos, estoy segura de que nos entenderemos fácilmente.

— No es posible lo que me proponéis, contestó el rey, porque yo debo echar mis compras con el dinero que me deben del lado de allá del río; una vez que yo haya cobrado el dinero, no digo que no haremos negocio, pero lo que me interesa más ahora, como veis, es cobrar mi dinero.

— Pero ¿cómo os gobernáis si no hay ni un solo barco?

— ¡Bah! dijo el rey, apostaría á que vos me buscáis uno, si...

— Mirad, dijo ella, bien conozco que sois un buen hombre y que os corre prisa pasar el río. Mirad, voy á haceros acompañar por mi hijo. En la otra orilla del río tiene él un amigo pescador con su barco amarrado cerca de su casa. Haciéndole una seña él vendría á buscaros. Id con Dios y él mismo os saque en paz del embarazo en que os veo metido.

El rey dió gracias á la mujer. ¿Le había ella conocido también? Esto es lo que él no supo jamás, pero subiendo con su hijo en el carro, se dirigió el rey á orillas del Nogat.

Allí el joven hizo seña, y saliendo de su casa el pescador atravesó el río.

El rey entró en el barco con uno de los hombres que le acompañaban, dejando al otro con el carro y prometiéndole que le enviaria á su compañero.

Habiendo llegado al otro lado del río, el rey levantó

las manos al cielo; ya estaba fuera de peligro.

Entonces despidió á su sznapan; le dió una carta para el embajador, en la que prevenía á Mr. de Monti que diese á los tres hombres la recompensa prometida, en vista de que el rey había llegado sano y salvo al otro lado del Nogat.

En seguida, dirigiéndose á un lugar llamado Bialagosa, compró el rey otro carruaje con dos caballos.

En aquella misma noche y con el mismo carruaje, Estanislao fuera ya de todo peligro entró en Marienwender.

Por lo que hace á los franceses que quedaron en Dantzick, se tuvo en consideración su valor el día en que se rindió la ciudad. Las cortes de Viena y de Rusia expidieron órdenes para que no se les tratase como á prisioneros de guerra, sino como á extranjeros libres y auxiliares. Fuese verdadera admiración de aquella espléndida locura, fuese porque la czarina y el emperador no quisiesen enemistarse con el gabinete de Versalles, estos dos principes hicieron mil galanterías á los oficiales; la czarina en particular envió á todos ellos un vestido completo de paño ruso, trabajado, bordado y cortado en Rusia.

Así acabó la expedición tan fatal al rey Estanislao Leczinski. En ella se derramó la más noble sangre polonesa, que parece que de un siglo á esta parte no pide más que correr en todos los campos de batalla de la Europa.

Estanislao Poniatowski le descargó el último golpe haciéndose cómplice de Catalina, y subiendo al trono á su vez treinta años después.

Los cañonazos de Dantzick habían inflamado á toda la Europa.

Los rusos y los imperiales acababan de hacer una

afrenta á las armas francesas; no era posible alcanzar á los rusos atrincherados detrás de los rios Volga y Niemen, pero se podía atacar al Austria en Alemania y en Italia.

La España, nuestra hermana, nos tendía la mano. Había desaparecido hasta el menor vestigio de resentimiento entre Felipe V y Luis XV. El nacimiento de dos principes había puesto fuera de todo derecho á la casa de Orleans, y había privado al nieto de Luis XIV de toda posibilidad de continuar soñando con la reunión de los dos reinos.

Por otra parte, la España, del mismo modo que la Francia, estaba interesada en el abatimiento de la casa de Austria. ¿No tenia que reclamar en Italia los estados de Nápoles y de Parma?

He aquí el plan de campaña que se concertó.

Un ejército debía atravesar la Lorena, los tres obispos y pondría sitio á Filisburgo, que es la llave de la Alemania.

Tomada esta plaza, se penetraría en el centro de la Suavia, y atravesando la Alemania se iría á dar la mano á la Polonia.

Otro ejército atravesaría los Alpes con ayuda de los piemonteses, nuestros aliados, y marcharía sobre Milán; entretanto que un cuerpo de tropas españolas entrando en la península por el otro extremo, desembarcaría en Nápoles y marcharía del Este al Oeste: al paso mismo que nosotros iríamos del Oeste al Este.

Los generales en jefe de estos dos ejércitos, eran el duque de Berwick para el de Alemania, y el mariscal de Villars para el de Italia.

El duque de Berwick, Santiago Fit-James, era hijo natural de Jacobo II, y de Arabela Churchill, hermana del duque de Malboroug. Nació el 21 de agosto

de 1670. Á la edad de siete años fué enviado á Francia, y criado en Juilly-au-Plessis y en la Fleche; haciendo sus primeras campañas en Hungría. En 1705 se naturalizó francés: habia mandado en España en 1704, y en 1706 fué nombrado mariscal de Francia: se batió sucesivamente en España, en Flandes y en el Rhin. La paz le dejó descansar en 1719, y la guerra le volvió á llamar en 1734. Tenia entonces sesenta y cuatro años. Era un hombre infatigable, intrépido y sereno.

El mariscal de Villars tenia más de ochenta años en la época á que hemos llegado; á pesar de su avanzada edad era siempre el mismo hombre, y el peso de sus ochenta y un años no habia disminuído lo más mínimo la exaltación de su orgullo y la ligereza de su carácter.

Á las órdenes de Berwick, debian servir los generales Carlos Luis Augusto Fouquet, conde de Belle-Isle, nieto del famoso superintendente de rentas, de cuya enorme fortuna y profunda desgracia hemos hablado en la historia de Luis XIV.

También habia experimentado él aquellos caprichos de la suerte que fueron peculiares de su raza. Nombrado mariscal de campo en tiempo de la regencia, hizo en España la guerra de familia. Envuelto en la desgracia de Leblanc, fué encerrado con él en la Bastilla, bajo el ministerio del señor duque, y no salió de allí sino para ir desterrado á sus posesiones. En fin, en 1752 fué nombrado teniente general y promovido al mando de uno de los cuatro campos de recreo que se formaron el mismo año.

Adriano Mauricio de Noailles, que nació en 1678. Mas de una vez nos hemos encontrado ya con él bajo el nombre de duque de Agén que usaba en su juven-

tud. Fué porta-estandarte del regimiento de caballería del mariscal de Noailles; obtuvo una compañía en 1695, y fué ascendido á segundo comandante de una brigada de caballería en 1698; en 1702 ascendió á brigadier de los ejércitos del rey, en 1704 á mariscal de campo, y poco después á teniente general.

Claudio Francisco Bidal, caballero de Asfeld. Primeramente maestro de campo de un regimiento de dragones, después brigadier de los ejércitos del rey en 1694, en 1702 ascendió á mariscal de campo y en 1704 á teniente general.

En fin, Mauricio, conde de Sajonia, joven de treinta y ocho años, de quien hemos hablado con motivo de la muerte de la señorita Adriana Lecouvreur; héroe de raza bastarda como Dumois y Berwick; hijo de Augusto II, elector de Sajonia y rey de Polonia que acababa de morir, y de Aurora de Koenismark; Mauricio de Sajonia, que á los doce años hallándose en la batalla de Tournay le mataron el caballo y le atravesaron el sombrero de un balazo; que en la batalla de Malplaquet, esto es, cuando tenia trece años, conservó la serenidad de un hombre en medio de la más espantosa carnicería de que hacen mención los anales del siglo; que á los diez y seis años, en fin, sorprendido improvisadamente en la aldea de Traknilz, hizo á la cabeza de un puñado de soldados una defensa tan vigorosa que todos los historiadores la comparaban á la de Carlos XII en Bender.

Desde esta época, se habia encontrado el conde de Sajonia en cuantas partes le proporcionó la suerte de sacar la espada; en Shalsund, en Belgrado, en Mittau. En fin, habiéndose declarado la guerra contra el Austria, pasó el conde de Sajonia al ejército del Rhin en clase de mariscal de campo.

Cinco príncipes de la sangre llevaban con él las armas. El conde de Charolais, el príncipe de Conti, el príncipe de Dombes, el conde de Eu y el conde de Clermont.

Los generales que debían servir á las órdenes de Mr. de Villars eran :

El rey Carlos Manuel, nacido en Turin el 27 de abril de 1701, reconocido rey de Cerdeña y duque de Saboya después de la abdicación de su padre Victor Amadeo II.

Francisco, duque de Broglio, nacido el 11 de enero de 1674, porta-estandarte en el regimiento de coraceros en 1687, capitán en 1690, maestro de campo en 1695, brigadier en 1702, mariscal de campo en 1704, inspector general de caballería en 1707, y en fin, teniente general en 1710.

En fin, Francisco de Franquetot, duque de Coigny, que, habiendo nacido el 16 de marzo de 1670, ganó sus grados uno por uno, desde el de porta-estandarte hasta el de teniente general.

Los dos generales imperiales eran :

El príncipe Eugenio, general en jefe del ejército de Alemania, y el general de Mércy, general en jefe del ejército de Italia.

Conocemos al famoso príncipe Eugenio, que es siempre el vencedor de Ceuta, de Hoshched, de Aude-narde, de Malplaquet, de Peterwaradin, el hijo del conde de Soissons y de Olimpia Mancini.

En cuanto á Fernando Carlos de Mercy, nacido en 1666, voluntario en la defensa de Viena, sitiada por los turcos, teniente en un regimiento de coraceros, mayor en seguida, feld-mayor general después, y por último, nombrado comandante general de la Sicilia en 1719, era, á pesar de sus sesenta y ocho años, un

general de sorpresa, de aparición súbita, de marchas y contramarchas.

Vamos á seguir esta doble invasión en todos sus pormenores, señalando los hechos principales, cuyos resultados mostraremos.

Por el Norte se verificó la invasión de la Lorena sin disparar un tiro; ducado de Bar recibe guarnición: se establece el sitio de Filisburgo; muere el duque de Berwick de un cañonazo en el pecho; continúa el sitio por Asfeld, Noailles, y en particular por Mr. de Belle-Isle; después de treinta y dos días de trinchera abierta, se toma la ciudad á la vista del príncipe Eugenio.

Por la parte del Mediodía, el ejército franco-piamontés atraviesa el Pó, maniobra atrevidamente sin encontrar más obstáculos que el orgullo y el mal humor de Villars, constantemente en oposición con el atrevimiento, actividad y decisión del rey Carlos Manuel; felizmente el mariscal enferma con calenturas y muere.

De este modo, los dos ejércitos franceses pierden al principiar la campaña y casi al mismo tiempo, sus dos generales en jefe, generales que han envejecido más en veinte años de paz que en cuarenta de guerra, que no están ya en armonía con los elementos guerreros que tienen que mover, y que desaparecen para dejar el puesto á las nuevas tácticas que van á reemplazar á las viejas teorías.

La muerte de Berwick y de Villars, es el advenimiento del caballero de Follard y del conde de Sajonia.

El mando del ejército de Italia cae, pues, en manos de Broglio y de Coigny, así como el del Norte recayó en Asfeld y en Noailles.

En suma, los imperiales se retiraron precipitadamente hasta Parma; allí solamente encontraron la posición que convenia á su general en jefe para esperar al enemigo.

No solamente los imperiales nos esperan en Parma, sino que de la retirada pasan á la ofensiva, se despliegan con un orden admirable, nos atacan en columnas compactas y grandes masas, obligan á retirarse á los regimientos de Berri y de Auvernia, que de la retirada pasan á la derrota, cuando de repente cae muerto de un balazo el conde de Mercy. Al inmenso clamor que produce esta noticia entre sus filas, se detienen los imperiales, y Mr. de Coigny se aprovecha con admirable sagacidad de este momento de vacilación, mandando una carga cerrada por regimientos formados en columna, según el método del caballero Follard. Los imperiales que atacaban se ven atacados á su vez. Los regimientos franceses abren una inmensa brecha en su centro: se separan, se dispersan y ponen en fuga, dejando 8,000 hombres en el campo de batalla.

Luis XV supo, con el intervalo de diez y nueve dias, la toma de Filisburgo y la batalla de Parma: Asfeld, Noailles, Broglio y Coigny, fueron nombrados mariscales de Francia.

Hemos visto lo que pasaba en Filisburgo y en Parma; veamos lo que pasaba en Nápoles.

El infante don Carlos desembarcó el 29 de marzo; Nápoles le abrió las puertas sin resistencia: el 10 de mayo hizo su entrada en la capital, y cesionario de todos los derechos del rey su padre sobre el reino de las Dos Sicilias, recibe en su propio nombre el homenaje de todas las clases del Estado.

El 25 del mismo mes, los imperiales mandados por

el general Visconti, se vieron forzados en sus atrinchamientos de Bitonto. El 13 de junio, una escuadra de diez y seis galeras, mitad francesa y mitad española, condujo al nuevo rey un refuerzo de diez y ocho batallones y dos mil y quinientos caballos, con los cuales puso sitio don Carlos á Gaeta, que se rindió el 6 de agosto.

Entonces pasaron el estrecho diez y ocho mil hombres para someter á don Carlos la Sicilia. Los imperiales abandonaron todas las plazas. En el continente las plazas de Capua, y en Sicilia, Mesina y Siracusa son las únicas que se mantienen por el imperio.

En cinco meses, todo el territorio de las Dos Sicilias quedó en poder de los españoles, y el emperador pierde el reino de Nápoles por haber querido hacer un rey de Polonia.

Los imperiales al mismo tiempo adquirieron una pequeña ventaja, en una sorpresa que hicieron de noche, en que el mariscal Broglio, perezoso y dormilón, se vió obligado á huir con los calzones en la mano.

Pero, el 19 de septiembre, el mismo mariscal Broglio se desquitó en Guastala, que fué una segunda batalla de Parma.

Á fines de junio de 1735 se reunieron los españoles á los franceses y piemonteses. Los imperiales fueron casi enteramente lanzados de la Lombardia, y poseímos toda la parte alta y baja del Mantuano.

Mantua queda por el emperador.

En Alemania nos encontramos á las puertas de Maguncia, y aunque el príncipe Eugenio estaba acampado entre Heidelberg y Brucksall, forrajeábamos en todo el Palatinado.

Las ventajas de las dos campañas de 1754 y 1755 fueron enteramente nuestras.

La respectiva situación de las potencias se pintaba bien en un folleto que corría por París. Se intitulaba el Juego de la Europa, y contenía los retratos de los principales jugadores.

La Francia. — Con permiso, soy mano y me toca jugar.

La España. — Tengo dos caballos á parte, mis tres reyes son buenos.

La Saboya. — Tengo quina y catorce, pero me falta todavía el punto.

La Prusia. — Yo miro el juego.

La Lorena. — Yo he barajado bien las cartas, pero no me entra nada.

El Emperador. — ¡ Mal juego ! Temo no saber qué hacerme.

El Turco. — Si esto continúa, haré pedazos las cartas.

La Inglaterra. — Á mi no me toca ahora jugar.

Portugal. — Yo no juego, pero presto dinero á mis amigos.

La Sajonia. — Juego con demasiadas cartas, con un solo rey me basta para ganar.

Los Trece Cantones. — Nosotros jugamos á todo con tal de que se paguen las barajas.

El Papa. — Yo que jamás juego, me compondré con un jubileo.

La Czarina. — Yo no tengo ni rey ni as, pero mi paga es buena.

Los holandeses. — No tenemos juego, estamos á cubierto del repique, pero tememos un capote.

Solamente la Inglaterra, á quien no le tocaba jugar, como decía la caricatura, veía nuestro juego con sus

acostumbrados celos. El conde Walpole fué interpe-lado en el parlamento. La casa de España que poseía á Nápoles y Sicilia, y los ejércitos franceses en el Pó y en el Rhin, tenían inquietos á los whigs.

La Holanda, que tenía el capote, hacía por lo bajo sus observaciones al ministro inglés. Los franceses, dueños de Filisburgo, dominaban la Bélgica y no tenían más que alargar la mano para tocar á la Holanda, pues los holandeses no habían olvidado las guerras de Luis XIV.

La Prusia, que miraba jugar, amenazaba tomar parte en el juego, como guardiana de las libertades germánicas, si la guerra tomaba un carácter demasiado alemán.

Atacado Walpole por tres partes, sacó de la faltriquera un convenio secreto con el cardenal Fleury, por el que se obligaba éste á mantener su marina abatida, á dejar á los ingleses el imperio del mar y la universalidad del comercio, lo cual era un freno puesto en la boca de la Francia, el cual se le haría sentir cuando pensase en extenderse.

Las tres potencias interesadas en la paz, ofrecieron entonces su mediación. Nada había más fácil que conseguir el resultado. El cardenal Fleury no era de carácter belicoso, y el emperador conocía que el príncipe Eugenio, haciendo la guerra á pesar de la opinión que había manifestado en el gabinete de Viena, había perdido la mitad de aquella fuerza que había desplegado otras veces.

Se entablaron las negociaciones, y el 3 de octubre se concertaron las condiciones preliminares, y fueron las siguientes :

1º. El rey Estanislao abdicará la corona de Polonia,

de que sin embargo será reconocido rey, y conservará todos los títulos y honores.

Al instante mismo se le pondrá en posesión del ducado de Bar, y tan pronto como el gran ducado de Toscana haya recaído en la casa de Lorena, del de Lorena, que será abandonado por esta casa.

Por muerte del rey Estanislao se incorporarán á la corona de Francia los dos ducados de Bar y de Lorena.

Con estas condiciones será reconocido el rey Augusto como rey de Polonia y gran duque de Lituania.

2º. Pertenece á la casa de Lorena el gran ducado de Toscana después de la muerte del actual poseedor. Todas las potencias le garantizarán la sucesión eventual, y mientras esto se verifica, la Francia le dará cuentas de las rentas de Lorena.

3º. Los reinos de Nápoles y de Sicilia pertenecerán á don Carlos, á quien se reconocerá como rey.

4º. El rey de Cerdeña podrá elegir entre el Novarés y el Tortonés, ó entre el Tortonés y el Vigevanasco.

5º. Se restituirán al emperador todos los demás estados que poseía.

Se le cederán los ducados de Parma y Plasencia.

Se le devolverán las conquistas hechas en Alemania por las armas francesas.

6º. El rey garantizará al emperador la pragmática-sanción de 1713.

7º. Finalmente, se nombrarán comisionados por ambas partes para arreglar los límites de la Alsacia y de los Países Bajos.

El 5 de noviembre de 1755 se publicó la cesación de las hostilidades en Alemania, y el 13 del mismo mes en Italia

Dióse á este tratado el nombre de tratado de Viena. Es digno de observarse por lo tocante á nosotros

que el movimiento europeo que produjo está subsistente aun en el día, á pesar de los sacudimientos que de cien años á esta parte han conmovido á la Europa.

La Francia se halla hoy por tanto en posesión de la Alsacia que Luis XIV conquistó, y de la Lorena que Luis XV agregó, la Francia de la casa de Borbón, y no la de la República y de Napoleón (1).

El reino piomontés que debía ensancharse más adelante con Génova, se agrandó con dos provincias.

Por este medio el reino de Nápoles y de Sicilia, conquistado por la segunda rama de los Borbones de España, subsiste ahora en poder del rey Fernando, heredero de esta segunda rama.

Así, á pesar de la revolución democrática de Florencia, el gran duque de Toscana representante de la casa de Lorena, acaba de recobrar sus estados.

Finalmente, los ducados de Parma y de Plasencia no han salido de la casa del emperador, sino por la muerte de la gran duquesa Maria Luisa.

Es verdad que nosotros veremos antes de diez años el fin de todas estas potencias peninsulares cuyo principio hemos visto.

Todo el honor de estas dos campañas fué para la Francia; así es que durante los años de 1754, 55 y 56 las miradas de todo el mundo se dirigian á nuestros ejércitos que desempeñaron todo cuanto se hizo de importancia.

En el interior, Mr. de Richelieu se casó con la princesa Isabel Sofia de Lorena, hija del príncipe de Guisa, la cual, nueve meses después de su enlace, le

(1) Nuestros lectores saben ya los cambios que ha habido en esta parte histórica desde la publicación de esta obra en 1860.

dió un heredero á quien se dió el título de duque de Fronsac.

El conde de Belle-Isle fué nombrado caballero de la orden de Sancti-Spiritus.

El rey nombró mariscales de Francia á los señores duque de Rivas, marqués de Puysegur y principe de Tingry.

Nuestra antigua conocida, la princesa Carlota Aglae de Valois, princesa hereditaria de Módena, volvió á Paris.

El delfín pasó á cargo de los hombres á la edad de seis años y medio.

Muere el duque de Maine á los sesenta y seis años de su edad, en su casa de campo de Sceaux.

Finalmente, la reina dió á luz una nueva princesa. Durante estos tres años Voltaire y Marivaux sostuvieron enteramente el teatro.

Voltaire hizo representar *Alcira* y *El Hijo pródigo*. Y Marivaux, *Los legados* y *Las falsas confidencias*.

CAPÍTULO VII

Toma posesión el emperador de los ducados de Parma y Plasencia. — Muerte del último de los Médicis. — Del duque de Berwick, del señor de Villars, del duque del Maine y del conde de Tolosa. — Sociedad íntima del rey. — Lemoine, Pigalle y Boucher hermocean la casa de campo que el rey había comprado en Choisy. — El señor Chauvelin pierde el favor. — El señor Maurepas. — Las hermanas de la señora de Mailly. — Las señoras de Vintimille y de Lauragais. — Se da la plaza de gentilhomme que tenía el señor de la Tremouille. — Muerte de la señora de Vintimille.

Firmada la paz, las potencias interesadas en ella, emplearon en la ejecución de sus artículos, los años subsiguientes.

El 16 de abril tomó posesión el conde Trawn en nombre del emperador, de los ducados de Parma y Plasencia.

El 18 de enero y el 31 de marzo, tomó posesión Mr. de la Galaiziere del ducado de Bar y del ducado de Lorena.

El 9 de julio murió el gran duque de Toscana, Gastón, á la edad de sesenta y seis años, apresurándose á devolver su ducado al imperio. Gastón fué el último de los Médicis, cuya raza había reinado por espacio de 257 años. Luego que se tuvo noticia de este falle-